

AUTOCONCEPTO Y AUTOESTIMA: ¿SINÓNIMOS O CONSTRUCTOS COMPLEMENTARIOS?

FLORENCIA MASSENZANA *

* Universidad Maimónides (Argentina)

massenzana.florencia@maimonides.edu

{PSOCIAL}
Revista de Investigación en Psicología Social

ISSN 2422-619X



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

Resumen. El autoconcepto y la autoestima desempeñan un papel fundamental en la vida de las personas, ya que el bienestar psicológico, la satisfacción de uno mismo, el conjunto de relaciones sociales, entre otros aspectos, llevan su impronta; por lo que durante los últimos años, la investigación desarrollada en el área de la psicología social ha puesto un mayor énfasis en dichos constructos. Pero, por lo general, dichos constructos son utilizados, no sólo en el lenguaje coloquial, sino también en gran parte de la literatura especializada como sinónimos, cuando en realidad, aunque se encuentran íntimamente relacionados, son diferentes entre sí. Por ello, el siguiente trabajo se propone revisar las diversas conceptualizaciones del autoconcepto y de la autoestima con el fin de esclarecer la diferencia entre ambos conceptos. A tal efecto, las fuentes bibliográficas extraídas de distintas bases de datos y seleccionadas como más relevantes, se dividieron y organizaron por categorías, reseñándose en los apartados de: conceptualización, dimensionalidad, influencia de lo social y desarrollo de cada uno de los constructos. Por último, se finaliza el trabajo concluyendo que aún son necesarias investigaciones acerca del modo en que el autoconcepto y la autoestima se complementan para la adaptación de la persona a su ambiente, y así poder utilizarlos al servicio de la psicoterapia

Palabras Claves. Autoconcepto – Autoestima – Influencia social – Dimensionalidad – Psicoterapia

Abstract. Self-concept and self-esteem play a fundamental role in people's lives, since psychological well-being, self-satisfaction, social relations, among other aspects, bear their imprint; that's why for the last few years, the research developed in the area of social psychology has placed a greater emphasis on such constructs. But, in general, these constructs are used not only in colloquial language but also in much of the specialized literature as synonyms, when in fact, although they are closely related, they are different from each other. Therefore, the following work aims to review the various conceptualizations of self-concept and self-esteem in order to clarify the difference between both. To that end, the bibliographic sources extracted from different databases and selected as more relevant, were divided and organized by categories, being outlined in the sections of: conceptualisation, dimensionality, influence of the social and development of each of the constructs. Finally, the work is finished concluding that research is still needed on how self-concept and self-esteem complement each other for the person's adaptation to his/her environment, so that they can be used at the service of psychotherapy.

Keywords. Self-concept – Self-esteem – Social influence – Dimensionality – Psychotherapy

Enviado. 03-05-2017 | **Aceptado.** 29-05-2017

El autoconcepto y la autoestima desempeñan un papel fundamental en la vida de las personas ya que el bienestar psicológico, la satisfacción de uno mismo, el conjunto de relaciones sociales, entre otros aspectos, llevan su impronta. Sin embargo, a pesar de que durante los últimos años la investigación desarrollada en el área de la psicología social ha puesto un mayor énfasis en dichos constructos, por lo general los

términos autoestima y autoconcepto son utilizados en gran parte de la literatura especializada como sinónimos, cuando aunque se encuentran íntimamente relacionados, son diferentes entre sí. Por ello, el presente trabajo se propone revisar las diversas conceptualizaciones del autoconcepto y de la autoestima con el fin de esclarecer la diferencia entre ambos términos. De esta manera, se

atravesan las definiciones de autoconcepto escritas por autores como García, Harter, Musitu, Rogers y Vereau y de autoestima desarrolladas por Casullo, Freud, Góngora y James, que responden a una perspectiva unidimensional de dichos constructos. A la vez, debido a que la estructura de las representaciones internas del individuo y de su evaluación son conceptualizaciones abstractas, existen además diversos modelos dimensionales como el modelo multidimensional y jerárquico de Shavelson, Hubner y Stanton (1976), que distingue el autoconcepto académico del no académico, o como los modelos de Coopersmith (1996), McKay y Fanning (1999), entre otros, cuyas conceptualizaciones abarcan una multiplicidad de formas de concebir la autoestima.

Por otra parte, cabe señalar que todas las tesis planteadas suponen, tanto en el autoconcepto como en la autoestima, la influencia de lo social en la conformación de ambos. Por este motivo, siguiendo principalmente a Tajfel y Turner, en el caso del autoconcepto, y a Rogers y Rosenberg, con respecto a la autoestima, se explora el modo en que, a través del proceso de socialización, agentes como la familia y el grupo de pares, imponen al individuo un estilo característico de vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que proporcionan las bases para el desarrollo del autoconcepto y de la autoestima que estarán constantemente al servicio de la persona para su autopercepción y autoevaluación en cada etapa del ciclo vital.

Autoconcepto

Conceptualización del autoconcepto

El autoconcepto es una de las variables más relevantes para el bienestar personal (García, Musitu & Veiga, 2006; Scandroglio, López Martínez & San José Sebastián, 2008), debido a que en general, la mayoría de los problemas conductuales se encuentran asociadas a ella (Vereau, 1998). Así, parece asumido que el autoconcepto se encuentra tan estrechamente relacionado con la aceptación de sí mismo, que el bienestar o su opuesto constituyen dos polos en los que el autoconcepto se encuentra siempre presente (García, et al., 2006). Al igual que ocurre con numerosos constructos psicológicos, diferentes acercamientos teóricos han propuesto diversas formas de definir y abordar el autoconcepto (De Wals & Meszaros, 2012; Rogers, 1959; Shavelson, Hubner & Stanton, 1976; Tajfel & Turner, 1979). De esta manera, Rogers (1959) consideraba el autoconcepto como una gestalt conceptual coherente y organizada, compuesta por percepciones de las características del yo, de las relaciones del yo con los otros y con los diversos aspectos de la vida, junto a los valores asignados a esas percepciones, para luego afirmar que el autoconcepto se entiende sólo como un aspecto del yo que coexiste con otros factores como la autoestima o el auto-respeto (Rogers, 2003). Por su parte, Vereau (1998), entiende al autoconcepto como la imagen que un sujeto posee de sí mismo, de sus atributos, sus limitaciones y su capacidad potencial de interacción con los demás; llegando a ser

ordenador de todas las manifestaciones conductuales relevantes, en la medida en que la imagen que se tiene de sí mismo influye profundamente la percepción de los otros y del mundo externo en general, tal como teorizaba Rogers (1959).

Por otro lado, Harter (2012) define el autoconcepto como las percepciones que tiene el individuo sobre sí mismo, reuniendo el modo en que la persona se representa, conoce y valora a ella misma. Pero este conjunto de juicios, tanto descriptivos como evaluativos acerca de uno mismo se construye a través de las experiencias y de las relaciones con el entorno (Cardenal & Fierro, 2003), siendo de amplia relevancia tanto las respuestas de uno mismo, como las de personas significativas (L'ecuyer, 1985; Ballester, March & Orte, 2006). Es así que podríamos entender al autoconcepto como la percepción y valoración coherente que una persona hace de sí misma en tres dimensiones básicas: afectiva, cognitiva y comportamental (Burns, 1990).

Así, el sí mismo es una estructura cognitiva conformada por un conjunto de elementos organizados en una relación sistemática, que surge de la interacción entre el organismo humano y su ambiente social (Deutsch & Krauss, 1970). Y es por ello que el autoconcepto tiene un aspecto diferencial, es decir que, utiliza predominantemente los elementos que cada uno considera que le diferencian y sirven para identificarse frente a los demás, y es en este sentido que juega un papel clave en la vida personal (Moreno, 2007). Por lo tanto, podemos

considerar que el autoconcepto constituye una variable basada en la idea que el sujeto tiene de sí mismo, elaborada en base a una observación de sus propias capacidades y limitaciones, observación que puede verse distorsionada por factores externos al sujeto, como son la interacción con los demás, los patrones estéticos que rigen su entorno social, el repertorio biológico con que nació y las experiencias tempranas en el seno familiar (Alcaide Risoto, 2009).

Dimensionalidad del término.

La estructura de las representaciones internas del individuo y de su evaluación es objeto de dos aproximaciones diferentes que ponen en discusión la dimensionalidad del autoconcepto (García & Musitu, 2014). De esta manera, algunos autores plantean una dimensión única, haciendo hincapié en aspectos más globales (Coopersmith, 1967), mientras que otros consideran que se trata de una estructura multidimensional y jerárquica (Musitu, García & Gutiérrez, 1994; Shavelson, et al., 1976), siendo esta última aproximación la que mayor apoyo empírico está recibiendo en la actualidad (Marsh, 1993; Musitu, et al., 1994). Así, esta complejidad predominante en la delimitación conceptual dio lugar a diversos modelos explicativos del autoconcepto (Musitu, et al., 1994).

Fitts (1965) fue uno de los primeros autores en abordar la multidimensionalidad del autoconcepto, atribuyéndole a éste tres componentes internos -identidad, autosatisfacción y conducta-, y cinco externos -

físico, moral, personal, familiar y social-; aunque luego fueron reconocidos principalmente cuatro modelos: el compensatorio, el jerárquico, el nomotético y el taxonómico (Byrne, 1984). Ahora bien, de estos cuatro modelos, el que ha recibido más apoyo empírico es el modelo jerárquico de Shavelson (García & Musitu, 2014; Marsh, 1990; Marsh & Craven, 2002; Marsh, Craven & Debus, 1991; Moritz, Read, Clark, Callarían & Albaugh, 2009; Polo Sánchez & López-Justicia, 2012), dado que concibe el autoconcepto como la percepción que el individuo tiene sobre sí mismo, basada directamente en sus experiencias con los demás y en las atribuciones que él mismo hace de su conducta (Shavelson, et al., 1976). De esta manera, el modelo multidimensional y jerárquico propone una estructura donde en la cúspide se encuentra una concepción global del autoconcepto dividido en un autoconcepto académico y un autoconcepto no académico, estando constituido este último por componentes emocionales que son los más subjetivos e internos de la persona, los físicos en los que tienen una incidencia fundamental las actitudes y la apariencia general, y los sociales relacionados con el significado que la conducta del individuo tiene para los demás (Elexpuru, Garma, Marroquín & Villa, 1992; García & Musitu, 2001; García & Musitu, 2014), finalizando con una base constituida por dimensiones particulares (García & Musitu, 2014). A partir de esta teorización, encontramos que otros investigadores describieron modelos multidimensionales diferentes al de Shavelson, et al. (1976) en cuanto a su forma, pero no en el contenido de estos (Harter, 1982; Musitu, et al.,

1994). Cabe señalar que algunas de sus características fueron cuestionadas, como su estructura jerárquica (Marsh, 1990; Marsh & Byrne, 1993) o el rol y la definición del autoconcepto académico general -postulándose dos autoconceptos diferenciados: el verbal y el matemático- (Marsh, Byrne & Shavelson, 1988).

Influencia de lo social en el autoconcepto.

La teoría de la identidad social (en adelante, TIS) y la teoría de la auto-categorización del yo (TAC) contribuyeron al campo de la psicología social, adquiriendo una gran influencia en la misma al proporcionar una nueva comprensión de la dimensión social de la conducta (Scandroglio, et al., 2008). De esta manera, el núcleo de la TIS plantea que por más compleja que sea la imagen que un individuo pueda tener de sí mismo en relación con el mundo físico y social que le rodea, algunos de los aspectos de esta idea autorreferente, serán aportados por la pertenencia a ciertos grupos o categorías sociales; junto a la significación emocional y de valor que tiene para la persona dicha pertenencia (Tajfel, 1981). Por ello es que el autoconcepto global tiene como componentes fundamentales la identidad personal y la identidad social (Barrios Cepeda, 2005; Scandroglio, et al., 2008).

En sus formulaciones iniciales, Tajfel (1974, 1978) Delineó la variabilidad del comportamiento social de una persona a lo largo de un continuo unidimensional demarcado por dos extremos: el interpersonal, en el cual la conducta puede estar determinada por las características personales idiosincráticas y por

las relaciones personales con otros individuos; y el intergrupales, en el que la conducta puede ser influenciada por la pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales. Así, Turner (1982) entre otros autores, complementaron las ideas de Tajfel (1981) proponiendo el modelo de identificación social y, posteriormente, la TAC (Canto Ortiz & Toranzo Moral, 2005; Tajfel, 1984; Turner, Hogg, Oaks, Reicher, & Wetherell, 1990) centrándose en las bases cognitivas de los procesos de categorización que subyacen a la conformación de la identidad (Scandroglio, et al., 2008). De esta manera, la TAC, al aplicar las tesis de Rosch (1978) sobre inclusividad categorial y prototipicidad, configura un sistema de auto y hetero categorización jerárquico compuesto por diferentes niveles de abstracción. Los grupos o categorías sociales mantienen un miembro prototípico que cumple con las características y normas de conducta necesarias para pertenecer a dicha agrupación. Y esto se transforma en una percepción estereotípica que puede llevar a la despersonalización. Así, cuando una situación provoca que el sujeto comience a asemejarse cada vez más a un determinado grupo, acentuando sus diferencias con otros individuos pertenecientes a distinta categorización, se produce una ruptura en la identidad personal, preponderando en el sujeto la identidad social (Turner, et al., 1990). Mientras que, cuando la autocategorización se establece en niveles que definen al individuo como persona única en términos de sus diferencias con otras personas, podría generarse un proceso de personalización con una preeminencia del comportamiento basado en las

características personales idiosincráticas y una disminución de la identidad social (Barrios Cepeda, 2005; Turner, et al., 1990).

Estas propuestas permitieron superar conceptualmente algunas de las limitaciones establecidas en las ideas iniciales de la TIS, ofreciendo una potente base para el desarrollo de diferentes líneas de trabajo en la conceptualización de los fenómenos grupales. Aunque también puede pensarse como barrera para el debate entre distintas formas de concebir la relación entre los elementos personales y sociales de la identidad (Scandroglio, et al., 2008).

Características y desarrollo del autoconcepto.

Tomando el postulado de Shavelson, et al. (1976), encontramos una caracterización del autoconcepto dividida en diversas cualidades inherentes al mismo (García & Musitu, 2014; Marsh, 1990; Marsh & Craven, 2002; Marsh, et al., 1991; Moritz et al., 2009). De esta manera, el autoconcepto está estructurado en categorías que representan una forma de organizar las experiencias propias atribuyéndoles significado (García & Musitu, 2014). Por este motivo, el sistema de categorización es multifacético, incluyendo áreas tales como la escuela, la aceptación social y el atractivo físico; y jerárquico, ya que sus dimensiones tienen significados e importancia diferentes en función de los valores y de la edad de las personas (García & Musitu, 2014; Shavelson, et al., 1976; Voloschin, Becerra, & Simkin, 2016). Pero más allá de las características anteriormente desarrolladas, Shavelson, et al. (1976) plantean

un autoconcepto global relativamente estable, dado que su variabilidad dependerá de su ubicación en la jerarquía, siendo las posiciones inferiores las más variables. De la misma manera, podemos identificar un carácter evaluativo que varía en importancia y significado dependiendo del individuo y de las situaciones vividas por el mismo en una cultura, sociedad y familia determinada (García & Musitu, 2014).

Ahora bien, otro aspecto importante a destacar será el grado en que el autoconcepto de la persona coincide con la realidad, qué nivel de congruencia o incongruencia mantiene el individuo con su realidad (Rogers, 1959, 1994). Así, Rogers (1959) postula que la incongruencia puede tener sus raíces en la infancia dado que los niños no saben separar sus actos de su propia identidad. Por eso, es frecuente que estos reaccionen a la aprobación de un acto como si se tratara de una aprobación de ellos mismos, reaccionando de igual forma a un castigo como si se les desaprobara en términos generales. De esta manera, si los padres ponen condiciones al afecto que ofrecen a sus hijos, expresando amor sólo cuando el niño cumple con ciertos comportamientos o satisface las expectativas parentales, los niños generarán distorsiones en los recuerdos de aquellas experiencias en las que se sintieron indignos del amor de sus padres, provocando un grado de incongruencia entre la realidad y su autoconcepto, repudiando o negando las partes quizás poco atractivas pero auténticas de su personalidad (Kirschenbaum & Henderson, 1989), mientras que el amor incondicional, ayudará a fomentar la congruencia, tornando inexistente la necesidad

del niño de falsear continuamente los recuerdos para creer que otras personas lo aceptan como realmente es (Rogers, 1959, 1994).

Con la edad se observa una progresiva comprensión del autoconcepto en términos cada vez más precisos de tipo intencional, volitivo y reflexivo, así como una tendencia a sistematizar conceptualmente los diversos aspectos del autoconcepto en un sistema unificado (Kirschenbaum & Henderson, 1989). De manera progresiva, se va integrando, rechazando o aceptando parcialmente la información proveniente de nuevas experiencias (Rogers, 1959). Así, uno de los periodos de la vida que se caracteriza por ser un momento de consolidación de la identidad, es la adolescencia (Bakhurst & Sypnowich, 1995; Palmonari, Kirchler & Pombeni, 1991). Y es en este momento en el que toman relevancia la TIS y la TAC, dado que las personas tienen una tendencia innata a categorizarse a sí mismas en grupos excluyentes, construyendo parte de su identidad para mantener su membrecía en dicho grupo, forzando fronteras excluyentes con otros grupos (Tajfel & Turner, 1979). De esta manera, la TIS teoriza que los individuos se integran a un grupo, identificándose en él con el fin de “maximizar su distinción positiva”, dado que estas agrupaciones les proporcionan identidad cultural (nos dicen quiénes somos) y autoestima (nos hacen sentir bien con nosotros mismos) (Palmonari, et al., 1991; Tajfel, 1981; Tajfel & Turner, 1979).

Por otra parte, García y Musitu (2014) destacan la naturaleza dinámica y adaptativa del

autoconcepto, desarrollando el concepto de "identidades específicas" para referirse a los significados del yo que emergen durante un encuentro social particular. Así, se considera que el contexto social inmediato provoca ciertos cambios temporales en el concepto que la persona tiene de sí misma (García & Musitu, 2014). Como también, pueden encontrarse cambios sustanciales en el autoconcepto en momentos de transición (Bakhurst & Sypnowich, 1995; García & Musitu, 2014) tales como el ser madre (Deutsch, Ruble, Fleming, Brooks-Gun & Stangor, 1988), el acceso a la universidad (Ethier & Deaux, 1990), la incorporación al mercado laboral (Gracia, Herrero & Musitu, 1995), entre otros.

Autoestima

Conceptualización de la autoestima

La delimitación conceptual del autoconcepto y de la autoestima no es clara, hasta el punto que ambos conceptos se suelen utilizar equivalentemente para referirse al conocimiento que el ser humano tiene de sí mismo (Garaigordobil & Dura, 2006; García & Musitu, 2014). De esta manera, defendiendo la postura de la "no diferenciación" entre conceptos, se encuentran autores como Shavelson, et al. (1976) al postular que las afirmaciones descriptivas y evaluativas acerca de uno mismo se relacionan empíricamente. Mientras que, otros autores partidarios de la "diferenciación" de dichos constructos afirman que el autoconcepto y la autoestima se pueden diferenciar

nítidamente (Watkins & Dhawan, 1989) al considerar a la autoestima como la dimensión evaluativa del autoconcepto (De Wals & Meszaros, 2012; Purkey, 1970).

La autoestima puede ser considerada como uno de los conceptos más antiguos de la psicología científica (Góngora & Casullo, 2009). Originalmente, el constructo fue utilizado por James (1890) para referirse a la medida en la que las personas se evalúan a sí mismas de acuerdo al éxito o fracaso percibido en alcanzar sus objetivos. Y desde entonces ha sido objeto de numerosas formulaciones teóricas y estudios empíricos (Góngora & Casullo, 2009; Simkin, & Azzollini, 2015), pudiéndose definir a partir del paradigma psicológico del cual se aborde. Así, desde el punto de vista del psicoanálisis, la autoestima está íntimamente relacionada con el desarrollo del ego. Freud (1914), por su parte, utilizó el término alemán "Selbstgefühl", puntualizando que tiene dos significados: conciencia de una persona respecto de sí misma (sentimiento de sí), y vivencia del propio valor respecto de un sistema de ideales (sentimiento de estima de sí); siendo este último lo que se denomina autoestima. De esta manera, una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte surge de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera de la satisfacción de la libido de objeto (Freud, 1914).

Influencia de lo social en la autoestima.

Si nos situamos en la corriente Humanista encontraremos que el concepto de Autoestima

se podría resumir en un axioma rogeriano: "Todo ser humano, sin excepción, por el mero hecho de serlo, es digno del respeto incondicional de los demás y de sí mismo; merece estimarse a sí mismo y que se le estime" (Rogers, 1972 P. 57). Aunque, generalmente la sociedad atenta contra esto, ya que esta reconduce a la persona con sus condiciones de valía (Reza Suárez, 2016). De esta manera, tanto la familia como los docentes y otros significativos serán parte de lo que Rogers (1972) denomina "refuerzo positivo condicionado". Al crecer, la persona solo recibe de su entorno lo que necesita cuando ésta demuestra que lo "merece", más que porque lo necesita (Reza Suárez, 2016). Así, estos condicionantes influyen al punto tal que la persona termina estando en gran parte determinada, no por sus valores organísmicos, sino por una sociedad que no toma en cuenta los intereses reales e individuales (Rogers, 1972). Entonces, a medida que pasa el tiempo, este condicionamiento nos conduce a su vez, a tener una autovalía positiva o negativa condicionada acerca de uno mismo y de lo que merecemos o no (Rogers, 1972; Rosemberg, 1996).

Por otra parte, Ross (2013) desarrolla su concepción de la autoestima a partir de dos elementos: "las hazañas" y las "anti-hazañas". Las hazañas son aquellas circunstancias, méritos, virtudes que le dan la oportunidad a la persona de sentirse orgullosa de sí misma, y que le proporcionan prestigio social. Mientras que las anti-hazañas son aquellas otras situaciones que provocan que el individuo se avergüence, se auto-desprecie, se sienta menos valioso, y que le quitan también su prestigio social. Así, según

este autor, todos tendríamos mentalmente un "mapa de la autoestima" que nos señala cuales son las hazañas y cuales las anti-hazañas y, sobre toda las cosas, en qué lugar de él estamos situados. Existiendo además, circunstancias que modifican la posición de la persona en el mapa de la autoestima, como puede ser el género o la edad (Ross, 2013). Por tanto, desde esta línea de pensamiento se creerá que una gran cantidad de autoestima coloca a la persona en una posición social deseable; mientras que lo opuesto sería la ausencia de autoestima, dejando a la persona en una posición socialmente negativa (Rogers, 2003).

Por lo tanto, debemos considerar a la autoestima como la valoración de la imagen que la persona tiene de sí misma y que está conformada por aquellas autopercepciones emergentes de todos los pensamientos, sentimientos, sensaciones y experiencias que sobre sí mismo, un individuo puede ir acumulando durante toda su vida (Hattie, 1992; Helueni & Enrique, 2015; McKay & Fanning, 1999; Rogers, 1972); transformándose en una autoevaluación o en una particular forma de interpretar el entorno (Marsh & Hattie, 1996), posicionándose como la dimensión autoevaluativa del autoconcepto (De Wals & Meszaros, 2012; Marsh & Yeung, 1997; Purkey, 1970). De este modo, los millares de impresiones, evaluaciones y experiencias así reunidos pueden configurarse en un sentimiento positivo hacia sí mismo o, por el contrario, en un sentimiento negativo de no ser lo que se espera (McKay & Fanning, 1999).

Desarrollo de la autoestima.

Vemos entonces cómo numerosos autores abordaron, a lo largo del tiempo, este constructo (Coopersmith, 1967; Epstein, 1980) pero uno de los que más aportó al mismo ha sido Rosenberg (1965, 1979), quien al combinar diferentes perspectivas como la psicología del desarrollo y la clínica con los aportes de la sociología sobre la estructura social, desarrolló un enfoque integral de la formación de la autoestima a lo largo del ciclo vital de la persona (Elliott, 2001), entendiéndola como un fenómeno actitudinal creado por fuerzas sociales y culturales (Rosenberg, 1979; Simkin, & Bozzano, 2013).

Desde este enfoque, el individuo se ve influenciado por aquellos agentes de socialización que conforman su entorno, ya que estos imponen un estilo de vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que constituyen, a su vez, las bases para la autoevaluación (Simkin, Azzollini & Voloschin, 2014; Simkin & Becerra, 2013), contribuyendo a construir una imagen respecto de la propia identidad y de su lugar en el sistema social (Rosenberg, 1965, 1979). De esta manera, la distancia existente entre el sí mismo ideal y el sí mismo real determinará la autoestima del individuo; encontrando una relación inversamente proporcional en donde a mayor distancia, menos autoestima, aun cuando la persona sea vista positivamente por otros (Elliott, 2001; Enrique & Muñoz, 2015). Siendo entonces la autoestima, una apreciación positiva o negativa hacia el sí mismo, que se apoya en una base afectiva y cognitiva, dado que el individuo

siente de una forma determinada a partir de lo que piensa sobre sí mismo (Rosenberg, 1996; Wilber, 1995). Y por lo cual, se podría definir a la autoestima como una actitud acerca del sí mismo que está relacionada con las creencias personales sobre las propias habilidades, las relaciones sociales y los logros futuros (Caminos & Quentrequeo, 2015; Coopersmith, 1996; Hewit, 2002).

Una descripción más abstracta y general sería plantear la autoestima como la energía que coordina, organiza e integra todos los aprendizajes realizados por el individuo a través de contactos sucesivos, conformando la totalidad del sí mismo (Dunn, 2008). Esta teorización, a su vez, sirve de base para comprender a grandes rasgos, la teoría humanística de Maslow (1968, 1971) llamada Jerarquía de Necesidades (Schunk, 2004). Maslow propone una pirámide que presenta en un orden jerárquico las necesidades de las personas (Maslow, 1968, 1971; Schunk, 2004). De esta forma, en la base se encuentran las necesidades fisiológicas que de no ser satisfechas, se tornan en un obstáculo para que el individuo suba al próximo nivel de necesidad relacionado con la seguridad (Maslow, 1968). Así, si la seguridad está garantizada, se podrá avanzar hacia la pertenencia, luego hacia la autoestima, y finalmente hacia la autorrealización (Schunk, 2004). El hecho de que Maslow incluya el sentido de pertenencia como un factor necesario que precede a la autoestima confirma la importancia del modelo social, que toma aún más relevancia cuando describe la necesidad de aprecio del individuo,

dividida en dos aspectos, el aprecio que se tiene uno mismo (amor propio, confianza, pericia, suficiencia, etc.), y el respeto y estimación que se recibe de otras personas (reconocimiento, aceptación, etc.) (Maslow, 1971; Rossello & Berrios Hernández, 2004; Schunk, 2004).

Dimensiones del constructo.

En la actualidad, existe consenso en conceptualizar la autoestima como un constructo multidimensional y jerárquico, con la autoestima global ubicada en el vértice superior de la jerarquía, la autopercepción de las competencias sociales y académicas en un segundo nivel y, finalmente, en un tercer nivel, los dominios más específicos del autoconcepto (Hattie, Marsh, Neill & Richards, 2004). A sí mismo, Coopersmith (1996), señala que los individuos presentan diversas formas y niveles perceptivos, así como diferencias en cuanto al patrón de acercamiento y de respuesta a los estímulos ambientales. Por ello, planteará que la autoestima presenta áreas dimensionales que caracterizan su amplitud y radio de acción. Así, el autor incluye en ella un nivel personal, un área académica, una familiar y otra social (Stenier Benaim, 2005). De este modo, la autoestima consistiría en una evaluación que el individuo hace respecto de sí mismo en relación con su imagen corporal, sus cualidades personales, su desempeño en el ámbito académico o laboral y sus interacciones familiares y sociales (Estrugo, & Donadio, 2016; Gerosa, 2016; Lopes, 2015). Así, la autoestima se expresa a través de una actitud de aprobación o desaprobación que refleja el grado en el cual el individuo cree en sí mismo para ser capaz,

productivo, importante y digno; implicando un juicio personal de la dignidad que es expresado en las actitudes que el individuo tiene hacia sí mismo (Coopersmith, 1996; Liberini, Rodríguez, & Romero, 2016; Ross, 2013).

Por su parte, McKay y Fanning (1999), señalan que en la autoestima existe una valoración global acerca de sí mismo y del comportamiento de su yo que involucra distintas dimensiones: la dimensión física (sentirse atractivo); dimensión social (sentirse aceptado y perteneciente a un grupo); dimensión afectiva (la auto-percepción de diferentes características de la personalidad); dimensión académica (enfrentar con éxito los estudios, carreras y la autovaloración de las capacidades intelectuales); dimensión ética (la autorrealización de los valores y normas).

A sí mismo, Craighead, McHale y Pope (2001), complementan estas dimensiones afirmando que la autoestima se observa en el área corporal cuando se determina el valor y el reconocimiento que el individuo hace de sus cualidades y aptitudes físicas, abarcando su apariencia y sus capacidades en relación al cuerpo. Mientras que a nivel académico, sostendrán que la autoestima abarca la evaluación que el individuo hace de sí mismo como estudiante y si conoce sus estándares para el logro académico. A nivel social, incluyen la valoración que el individuo hace de su vida social y los sentimientos que tiene como amigo de otros, abarcando las necesidades sociales y su grado de satisfacción. Mientras que a nivel familiar, reflejan el papel fundamental de los sentimientos acerca de sí mismo como miembro de una familia, qué tan

valioso se siente la persona y la seguridad que profesa en cuanto al amor y respeto que tienen hacia él. Siendo finalmente la autoestima global una aproximación de sí mismo, que está basada en una evaluación de todas las partes de sí mismo que configuran la opinión personal del individuo.

Discusión y conclusión

Si bien la relación entre el autoconcepto y la autoestima fue intensamente explorada, son escasos los estudios que proponen un marco teórico explicativo y un modelo que destaque la importancia de ambos constructos en la conformación de la personalidad (Simkin, Etchezahar & Ungaretti, 2012). Hemos visto que el sí mismo puede ser considerado una estructura cognitiva conformada por un conjunto de elementos organizados en una relación sistemática, procedente de la interacción entre la persona y su contexto social (Deutsch & Krauss, 1970). Entendiendo, por tanto, que el autoconcepto constituye una variable basada en la percepción que el sujeto tiene de sí mismo, elaborada en base a una observación de sus propias capacidades y limitaciones; mientras que la autoestima implica una valoración de la imagen que está conformada por aquellas autopercepciones emergentes de todos los pensamientos, sentimientos, sensaciones y experiencias que sobre sí mismo, un individuo puede ir acumulando durante toda su vida (Hattie, 1992; McKay & Fanning, 1999; Rogers, 1972).

Así, dado que la estructura de las representaciones internas del individuo y de su posterior evaluación son derivadas de las experiencias vividas por cada ser humano (García & Musitu, 2014), tanto el autoconcepto como la autoestima pueden explicarse como la conjunción de distintas dimensiones, como la física, la familiar y la social, entre otras, que convergerán en un autoconcepto o en una autoestima global (Gerenni & Fridman, 2015; Matrángolo, Paz, & Simkin, 2015). De esta manera, ambos constructos constituyen una particular forma de interpretar el sí mismo en relación con su entorno (Marsh & Hattie, 1996). Por tanto, los aportes de Tajfel y Turner con su teoría de la identidad social que plantea que por más compleja que sea la imagen que un individuo pueda formarse de sí mismo en relación con el ambiente social que lo rodea, la idea autorreferente que se tenga estará influenciada por la pertenencia a ciertos grupos o categorías sociales y teñida de significación emocional y de valía que tiene para la persona dicha pertenencia (Tajfel, 1981). Como así también, los postulados de Rogers y Rosenberg que teorizan que la sociedad determina la valía del individuo con sus propias condiciones de valía (Reza Suárez, 2016), conduciendo a éste a tener una autovalía positiva o negativa condicionada acerca de uno mismo (Rogers, 1972; Rosemberg, 1996), permiten visibilizar el papel de las influencias externas en el proceso por el cual las personas establecen sus objetivos, metas y aspiraciones. Pero aún son necesarias investigaciones acerca del modo en que el autoconcepto y la autoestima se

complementan para la adaptación de la persona a su ambiente, y así poder utilizarlos al servicio de la psicoterapia; ya que los millares de impresiones, evaluaciones y experiencias reunidos pueden configurarse en un sentimiento positivo hacia sí mismo o en un incómodo sentimiento de no ser lo que se espera, pudiendo llevar al individuo a la desadaptación y el aislamiento de la sociedad.

Referencias

- Alcaide Risoto, M. (2009). Influencia del rendimiento y autoconcepto en hombres y mujeres. *Revista Electrónica de Investigación y Docencia*, 2, 27-44.
- Bakhurst, D. & Sypnowich, C. (1995). *The Social Self*. London: Sage.
- Ballester, L, March, M. & Orte, C. (2006). Autoconcepto, estilos de afrontamiento y conducta del alumnado universitario. *Revista de Ciencias Sociales*, 27, 249-278.
- Barrios Cepeda, A. (2005). AUTOCONCEPTO y características familiares de NIÑOS resilientes con discapacidad: El caso de UNA población del caribe colombiano. *Investigación & Desarrollo*, 13(1), 108-127.
- Burns, R. (1990). *El autoconcepto. Teoría, medición, desarrollo y comportamiento*. Bilbao: Ediciones Egea.
- Byrne, B. (1984). The general/academic self-concept nomological network: A review of construct validation research. *Review of Educational Research*, 54, 427-456. DOI. 10.3102/00346543054003427
- Caminos, M., & Quentrequeo, A. A. (2015). Heteronormatividad, autoestima y bullying homofóbico en Argentina. *{PSOCIAL}*, 1 (2). 17-32
- Canto Ortiz, J. M., & Toranzo Moral, F. (2005). El sí mismo desde la teoría de la identidad social. *Escritos de Psicología*, 7, 59-70.
- Cardenal, V. & Fierro, A. (2003). Componentes y correlatos del autoconcepto en la escala de Piers-Harris. *Estudios de Psicología*, 24(1), 101-111. DOI.10.1174/021093903321329094.
- Coopersmith, S. (1967). *The Antecedents of Self-Esteem*. San Francisco: Freeman.
- Coopersmith, S. (1996). *The Antecedents of Self Esteem Consulting*. USA: Psychologist Press.
- Craighead, E.; McHale, S. & Popper, A. (2001). *Desarrollo de la Autoestima y la Conciencia Moral en las Contradicciones de la Sociedad Contemporánea*. Madrid: Ediciones Egea.
- De Wals, S., & Meszaros, K. (Eds.). (2012). *Handbook on Psychology of Self-Esteem*. New York: Nova.
- Deutsch F. M., Ruble D. N., Fleming A., Brooks-Gunn J. & Stangor C. (1988). Information-seeking and maternal self-definition during the transition to motherhood. *Journal Per sSoc Psychol*, 55(3):420-431. DOI.10.1037/0022-3514.55.3.420
- Deutsch, M., & Krauss, R. M. (1970). *Teorías en psicología social*. México. Paidós.
- Dunn, K. S. (2008). Development and psychometric testing of a new geriatric spiritual well-being scale. *International Journal of Older People Nursing*, 3(3), 161-169. DOI.10.1111/j.1 748-3743.2007.00107.x
- Elexpuru, I., Garma, A. M., Marroquín, M. & Villa, A. (1992). *Autoconcepto y educación*. Bilbao: Servicio Central de Publicaciones. Gobierno Vasco.
- Elliott, G. C. (2001). The Self as Social Product and Social Force. In T. Owens, S. Stryker, & N. Goodman (Eds.), *Extending Self-Esteem Theory and Research* (pp. 10-28).
- Enrique, M., & Muñoz, R. (2015). El problema de la autoestima basado en la eficacia. *{PSOCIAL}*, 1(1), 52-58
- Epstein, S. (1980). The stability of behavior: II. Implications for psychological research. *American Psychologist*, 35(9), 790-806. DOI.10.1037/0003-066X.35.9.790
- Estrugo, L., & Donadio, L. (2016). Etiquetamiento escolar, autoestima y personalidad. Un análisis correlacional desde la visión de los alumnos. *{PSOCIAL}*, 2(1), 6-15.
- Ethier, K., & Deaux, K. (1990). Hispanics in ivy: Assessing identity and perceived threat. *Sex Roles*, 22(7), 427-440. DOI.10.1007/BF00288162
- Fitts, W.H. (1965). *The Tennessee Self-Concept Scale*. Nashville, TN: Counselor Recordings and Test.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. Obras completas, tomo 14. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Garaigordobil, M & Dura, A. (2006). Relaciones del autoconcepto y la autoestima con la sociabilidad, Estabilidad emocional y responsabilidad en adolescentes de 14 a 17 años. *Revista. Análisis y Modificación de Conducta*, 32, 37-64
- García, F. & Musitu, G. (2001). *AF5 -Autoconcepto Forma 5* (2a ed.). Madrid: TEA Ediciones.
- García, F. & Musitu, G. (2014). *AF5 -Autoconcepto Forma 5. Manual*. (4a ed. revisada y ampliada). Madrid: TEA Ediciones.
- García, J.F., Musitu, G., & Veiga, F. (2006). Autoconcepto en adultos de España y Portugal. *Psicothema*, 18(3), 551-556.

- Gerenni, F., & Fridman, L. (2015). El Bullying y su vínculo con la personalidad, el rendimiento académico y la autoestima de los adolescentes. *{PSOCIAL}*, 1(3), 71-82.
- Gerosa, F. (2016). Personalidad, Autoestima y Desempeño Académico. Una aproximación complementaria a partir de la Teoría de los Cinco Factores de la personalidad. *{PSOCIAL}*, 2(2), 46-53.
- Góngora, V. C. & Casullo, M. M. (2009). Validación de la escala de autoestima de Rosenberg en población general y en población clínica de la Ciudad de Buenos Aires. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico Y Evaluación Psicológica*, 27(1), 179-194.
- Gracia, E., Herrero, J. & Musitu, G. (1995). *El apoyo social*. Barcelona: PPU.
- Harter, S. (1982). The perceived competence scale for children. *Child Development*, 53(1), 87-97. DOI.10.2307/1129640
- Harter, S. (2012). *The Construction of Self: Developmental and Sociocultural Foundations*. New York: The Guilford Press.
- Hattie, J. (1992). *Self-Concept*. Hillsdale: Psychology Press.
- Hattie, J., Marsh, A. H., Neill J. y Richards, G. (2004). Adventure education and outward bound out of class experiences that make a lasting difference. *Review of Educational Research*, 67(1), 43-87. DOI.10.2307/1170619
- Helueni, B., & Enrique, M. (2015). La Evaluación Multidimensional de la Autoestima y su relación con el Modelo de los Cinco Factores. *{PSOCIAL}*, 1(3), 12-17.
- Hewit, J. P. (2002). The social construction of self-esteem. En S. J. Snyder & S. J. Lopez (Eds.), *Handbook of positive psychology* (pp. 135-147). New York: Oxford University Press. DOI.10.1093/oxfordhb/9780195187243.013.0020
- James, W. (1890). *The principles of psychology*. New York: Holt.
- Kirschenbaum, H. & Hederson, V. (1989). *The Carl Rogers reader*. Boston: Houghton Mifflin.
- L'ecuyer, R. (1985) *El concepto de sí-mismo*. Barcelona. Oikos-Tau.
- Liberini, S., Rodríguez, G., & Romero, N. (2016). El rol de la autoestima, la personalidad y la familia en el consumo de alcohol en la adolescencia. *{PSOCIAL}*, 2(1), 27-37.
- Lopes, P. D. F. (2015). Nuevos patrones de integración social. El uso del Facebook y el Twitter en adolescentes y el impacto en su autoestima. *{PSOCIAL}*, 1(2).51-67
- Marsh, H & Craven, R. (2002). The Pivotal Role of Frames of Reference in Academic Self-concept Formation: The Big Fish Little Pond Effect Self-Concept Enhancement and Learning Facilitation (SELF). Research Centre, Sydney: University of Western Sydney.
- Marsh, H. & Hattie, J. (1996). Theoretical perspectives on the structure of self-concept. In B. Braken (eds.), *Handbook of self-concept*. Nueva York: Wiley.
- Marsh, H. & Yeung, A. (1997). Coursework selection: relations to academic self-concept and achievement. *American Educational Research Journal*, 34(4), 691-720. DOI.10.3102/00028312034004691
- Marsh, H. W. & Byrne, B. M. (1993). Confirmatory factor analysis of multitrait, multimethod self-concept data: Between-group and within-group invariance constraints. *Multivariate Behavioral Research*, 28(3), 313-349. DOI.10.1207/s15327906mbr2803_2
- Marsh, H. W. (1990):. Causal ordering of academic self-concept and academic achievement: A multivariate, longitudinal panel analysis. *Journal of Educational Psychology*, 82, 646-656. DOI.10.3102/00028312039003727
- Marsh, H. W. (1993): Academic self-concept: Theory measurement and research. En J. Suls (Ed.), *Psychological perspectives on the self* (Vol. 4, pp. 59-98).
- Marsh, H. W., Craven, R. G. & Debus, R. (1991). Self-concepts of young children aged 5 to 8: Their measurement and multidimensional structure. *Journal of Educational Psychology* 83(3), 377-392. DOI.10.1037//0022-0663.83.3.377
- Marsh, H.W., Byrne, B.M. & Shavelson, R. (1988). A Multifaceted academic self-concept: Its Hierarchical Structure and its Relation to Academic Achievement. *Journal of Educational Psychological*, 80(3), 366-380. DOI.10.1037/0022-0663.80.3.366
- Maslow, A. (1968). *Toward a psychology of being* (2nd Ed.). New York: Van Nostrand Reinhold.
- Maslow, A. H. (1971). *The farthest reaches of human nature*. New York: Penguin.
- Matrángolo, G., Paz, G., & Simkin, H. (2015). Factores de la personalidad y su relación con la autoestima, la espiritualidad y la centralidad de los eventos traumáticos. *{PSOCIAL}*,1(2). 78-94
- McKay, M. & Fanning, P. (1999). *Autoestima. Evaluación y Mejora*. Madrid: Ediciones Martínez Roca.
- Moreno, B. (2007). *Psicología de la personalidad: procesos*. Madrid: Thomson.
- Moritz, K., Read, M., Clark, R., Callarían, C. & Albaugh, S. (2009). Grade and Gender Differences in Gifted Students Self-Concepts. *Journal for the Education of the Gifted*, 32(3), 340-367.
- Musitu, G., García, J.F. & Gutiérrez, M. (1994). *AFA: Autoconcepto Forma A* (2' edición). Madrid: TEA Ediciones.
- Palmonari, P., Kirchler, E. & Pombeni, M. L. (1991). Differential effects of identification with family and peers on coping with developmental tasks in adolescence. *European Journal of Social*

- Psychology, 21(5), 381-402.
DOI.10.1002/ejsp.2420210503
- Polo Sánchez, M. T. & López-Justicia, M. D. (2011). Autoconcepto de estudiantes universitarios con discapacidad visual, auditiva y motora. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(2), 87-98. DOI.10.14349/rlp.v44i2.1034
- Purkey, W. W. (1970). *Self-concept and school achievement*. London: Prentice-Hall.
- Reza Suárez, L. (2016). El yo, el existir o el ser según la teoría de la personalidad por Carl Rogers. *Revista Contribuciones a las Ciencias Sociales*, 4(1), 1-17.
- Rogers, C. (1959). *A Theory of Therapy, Personality, and Interpersonal Relationships as Developed in the Client-Centered Framework*. Reprinted. In H. Kirschenbaum, & V. Henderson (Eds.), *The Carl Rogers Reader*. Boston: Houghton Mifflin.
- Rogers, C. (1972). *Psicoterapia centrada en el cliente*. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, C. R. (2003). *El proceso de convertirse en persona*. 2° edición; Buenos Aires: Paidós.
- Rosch, E. (1978). Principles of categorization. En E. Rosch y B.B. Lloyd (Eds.) *Cognition and categorization* (pp. 27-48). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton: Princeton University Press.
- Rosenberg, M. (1979). *Conceiving the self*. New York: Basics.
- Rosenberg, M. (1996) *Counseling The Self*. Basic Book. New York: Basics.
- Ross, M. (2013). *El Mapa de la Autoestima*. Buenos Aires: Dunken.
- Rossello, J. & Berrios Hernández, M. N. (2004). Ideación Suicida, Depresión, Actitudes Disfuncionales, Eventos de Vida Estresantes y Autoestima en una Muestra de Adolescentes Puertorriqueños/as. *Revista Interamericana de Psicología*, 38(2), 295-302.
- Scandroglio, B., López Martínez, J. S. & San José Sebastián, M. C. (2008). La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Psicothema*, 20(1), 80-89.
- Schunk, D.H. (2004). *Teorías de aprendizaje*. Buenos Aires: Edu.
- Shavelson, R., Hubner, J. & Stanton, J. (1976). Self concept: Validation of construct interpretation. *Review of Educational Research*, 46 (3), 407-441. DOI.10.3102/00346543046003407
- Simkin, H., & Azzollini, S. (2015). Personalidad, autoestima, espiritualidad y religiosidad desde el Modelo y la Teoría de los Cinco Factores. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 7(2), 339-361
- Simkin, H., & Becerra, G. (2013). El proceso de socialización: Apuntes para su exploración en el campo psicosocial. *Ciencia, docencia y tecnología*, 24(47), 119-142
- Simkin, H., & Bozzano, H. (2013). Problemáticas psicosociales, autoestima y estrategias de intervención en clave de Inteligencia Territorial. Diálogos con la Geografía. *Revista de Geografía*, 17(1), 15-25
- Simkin, H., Azzollini, S., & Voloschin, C. (2015). Autoestima y problemáticas psicosociales en la infancia, adolescencia y juventud. *{PSOCIAL}*, 1(1). 59-96
- Simkin, H., Etchezahar, E., & Ungaretti, J. (2012). Personalidad y Autoestima desde el modelo y la teoría de los Cinco Factores. *Hologramática*, 17(2), 171-193
- Stenier Benaim, D. (2005). *La Teoría de la Autoestima en el Proceso Terapéutico para el Desarrollo Humano* (Tesis de grado). TECANA AMERICAN UNIVERSITY, Maracaibo.
- Tajfel, H. (1974). Social identity and intergroup behavior. *Social Science Information*, 13(2), 65-93. DOI.10.1002/ejsp.2420010202
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroup relations*. Londres: Academic Press.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías Sociales*. Barcelona: Herder.
- Tajfel, H., & Turner, J.C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W.G. Austin y S. Worchel (Eds.): *The Social Psychology of intergroup relations* (pp. 33-47). Monterey, CA: Brooks-Cole.
- Turner, J.C. (1982). Towards a cognitive redefinition of the social group. En H. Tajfel (Ed.). *Social identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Turner, J.C., Hogg, M.A., Oakes, P. J., Reicher, S.D., & Wetherell, M.S. (1990). *Redescubriendo el Grupo Social*. Madrid: Morata.
- Vereau, E. (1998). *Relación entre el autoconcepto, la ansiedad ante los exámenes y el rendimiento Académico en estudiantes de secundaria de Lima* (Tesis de grado). Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Lima, Perú.
- Voloschin, C., Becerra, G., & Simkin, H. (2016). Bullying escolar, dominancia y autoestima. Una mirada desde la psicología social. *Revista de Ciencias Sociales*, 92, 62-67.
- Watkins, D. & Dhawan, N. (1989). Do we need to distinguish the constructs of self-concept and self-esteem? *Journal of Social Behavior & Personality*, 4(5), 555-562.
- Wilber, K. (1995). *El Proyecto Atman*. Barcelona: Editorial Kairós.